

# A PROPÓSITO DE UN ESTUDIO MÉDICO LEGAL DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CONFERENCIA, DE LAS DEL CICLO ORGA-  
NIZADO POR EL COLEGIO OFICIAL DE  
MÉDICOS DE LA PROVINCIA DE LAS PAL-  
MAS, PRONUNCIADA EN LA TARDE DEL DÍA  
22 DE MARZO DE 1948 (LUNES SANTO)

POR EL

DR. JUAN FRANCISCO APOLINARIO



**FONDO**  
**José Miguel**  
**Alzola**

**A propósito  
de un  
estudio médico-legal  
de la Pasión  
de  
Nuestro Señor Jesucristo**

Conferencia, de las del ciclo organizado  
por el Colegio Oficial de Médicos de la  
provincia de Las Palmas, pronunciada en  
la tarde del día 22 de Marzo de 1948—  
Lunes Santo—por el Doctor Juan Fran-  
cisco Apolinario.



"Diario de Las Palmas"  
1948



-782878-



## Motivos del tema

Señoras, señores:

**L**EÍA yo, hace unas semanas, la vida de Blas Pascal, escrita por su hermana Madame Perrier y publicada precediendo a una nueva edición del texto de la edición Brunschvicg de su famosa obra «Pensamientos»; obra que como sabéis es una recopilación de fragmentos—pensamientos— que constituían los materiales de una «Apología de la religión cristiana» que Pascal preparaba, en los pocos momentos de descanso que el sufrimiento le permitía, durante su última larga enfermedad, emborronando el primer trozo de papel que caía bajo su mano o dictándolos cuando de otro modo no podía.

Es verdaderamente sorprendente, y más aun en los tiempos en que vivimos, considerar la historia de este hombre extraordinario que habiendo alcanzado la cumbre de las ciencias humanas y profanas a las que quiso aplicarse, particularmente en la geometría y matemáticas que dominó de manera extraña a la edad de 11 o 12 años; que logra después de un esfuerzo prodigioso de imaginación y de espíritu su máquina

de aritmética, que inventó escasamente a los 20 años; después de sus bellas experiencias sobre el vacío, hasta el punto que pocas personas hubo en su época que penetrasen más allá que él en las materias que trataba; es verdaderamente sorprendente, repito, que este hombre desprecia todas estas cosas para entregarse desde sus 30 años de edad, durante el resto de su vida, en tanto su salud se lo permitía, al estudio de las Sagradas Escrituras y de la moral cristiana.

Dice uno de los pasajes de su vida, a que me he referido, lo que sigue: «Pero aun cuando él no hubiese hecho un estudio particular de la escolástica, no ignoraba, no obstante las decisiones de la Iglesia contra las herejias, que han sido inventadas por la sutileza del espíritu; y era contra esta especie de investigaciones que estaba más animado, y Dios le dió desde este tiempo una ocasión de demostrar el celo que tenía por la religión».

«Estábamos entonces en Rouen, en donde mi padre estaba empleado al servicio del Rey, y había allí también en esta misma época un hombre que enseñaba una filosofía nueva que atraía a todos los curiosos. Mi hermano, instado de ir a oírle por dos de sus jóvenes amigos, allí fué con ellos; pero quedaron muy sorprendidos en la conversación que tuvieron con este hombre que exponiéndoles los principios de la filosofía deducía conclusiones sobre puntos de fe contrarios a las decisiones de la Iglesia».

«Demostraba por estos razonamientos que el cuerpo de Jesucristo no estaba formado de la sangre de la Santísima Virgen, sino de una materia creada exprofeso; y otras cosas parecidas. Ellos quisieron contradecirlo y él permaneció firme en sus sentimientos. De manera que habiendo considerado entre ellos el peligro que había de dejar en libertad de instruir a la juventud a un hombre que permanecía en sentimientos erróneos, resolvieron advertírselo primero, y después denunciarlo si se resistía al aviso que se le diese».

«Así ocurrió, pues él despreció este aviso; de tal manera que ellos creyeron de su deber denunciarlo a Monsieur du Bellay, que ejercía entonces las funciones episcopales en la diócesis de Rouen por encargo del Sr. arzobispo. El Sr. du Bellay requirió a este individuo y habiéndole interrogado fué inducido en error por una confesión de fe equívoca que escribió y firmó de su puño y letra; haciendo poco caso además, el Sr. du Bellay, de una denuncia de esta importancia hecha por tres jóvenes».

«A pesar de ello, tan pronto como ellos vieron esta confesión de fe reconocieron su defecto; lo que les obligó a ir en busca del Sr. arzobispo de Rouen que se encontraba en Gaillon. Habiendo examinado todos estos hechos el señor arzobispo los juzgó tan importantes que envió un despacho á su consejo y dió una orden expre-

sa al Sr. du Bellay para hacer retractar exactamente al sujeto en cuestión sobre todos los puntos de lo que era acusado, haciéndole notar que no debía de recibir nada de él como no fuese por medio de los que le habían denunciado. Así se hizo: el acusado compareció ante el Consejo del Sr. arzobispo y renunció a todos sus errores, pudiendo afirmarse que en ello fué sincero, pues no demostró rencor contra los que le habían promovido este asunto; lo que hace creer que posiblemente estaba engañado por las falsas conclusiones a que le llevaban sus falsos principios. No es menos cierto que no se había tenido en esto ninguna intención de dañarlo, ni otro fin que el de desengañarlo e impedir que sedujese a otros jóvenes que no hubiesen sido capaces de discernir entre lo verdadero y lo falso en cuestiones tan sutiles».

La lectura de este pasaje trajo a mi memoria la de un «Estudio médico-legal de la Pasión de Jesucristo» que tuve en mis manos, hace unos años, escrito por el Dr. don Jesús de Bartolomé y Relimpio.

Coincidió aquella lectura y este recuerdo con la petición que se me hiciese de ocupar este estrado. Juan Bosch Millares, nuestro presidente, dilecto amigo, en paso firme por los anchos caminos de captación de goces espirituales, que ha organizado con notable acierto esta serie de charlas médico-literarias o literario-médicas, lo

hizo en tal forma, con tal amistosa presión, que no hubo resistencia posible, a pesar de mi inexperiencia en estas lides. A él, pues, la responsabilidad si no acierto en mi cometido.

Pensé entonces que este tema del aspecto médico de la Pasión de Jesucristo, aun poco tratado, pudiese interesaros y que juntos pudiésemos hacer alguna consideración que su estudio nos sugiriese; de aquí la razón y los motivos por los que, pese a su delicadeza y a mi confesada insuficiencia, es éste el tema elegido y yo su expositor, confiado en el amplio margen que de vuestra benevolencia espero.

Resumen del  
estudio médico-legal de la Pasión

**EMPECEMOS**, pues, haciendo un breve resumen, con algún comentario, de la obra del doctor de Bartolomé y Relimpio.

En la producción de toda lesión o enfermedad influyen, como sabemos, dos grupos de factores: unos directamente engendrando la lesión, otros privando al organismo indirectamente de algunas condiciones necesarias para el ejercicio de sus funciones. Son las llamadas causas determinadas y predisponentes.

Entre estas últimas hay que hacer mención de cierto género de impresiones psíquicas que amenguan la fuerza reactiva de los tejidos contra las influencias nocivas del mundo exterior.

Por esta razón, al estudiar médicamente el proceso Pasionario, puede decirse que la Pasión comenzó en el Cenáculo; allí, en realidad, empezaron los sufrimientos de Nuestro Salvador; allí principiaron a influir en su organismo todas esas causas psíquicas que, sin constituir verdadero estado morbozo claramente definido—las grandes emociones repetidas, todo género de pesares, las impresiones morales fuertes—de tal modo debi-

estos reflejos son precisamente las consecutivas a procesos de orden afectivo; es el mismo mecanismo, pero mucho más intensamente acentuado, por el cual se nos muestra cotidianamente esa simple hiperhemia del rostro que se conoce con el nombre de rubor.

Abramos ahora un paréntesis en honor del evangelista Lucas, médico, helenista y amigo de Pablo, el apóstol de las gentes. No se podría ciertamente probar que el autor del tercer evangelio fuera un médico, a través del simple examen de sus escritos. No obstante, son varios los pasajes que pueden servir de excelente confirmación a la creencia tradicional de que lo era. Pacientes pesquisas modernas han señalado numerosos términos técnicos empleados por Lucas que se encuentran en los escritos de Hipócrates, Dioscúrides, Galeno y otros médicos griegos. Igualmente cabe descubrir una especie de «ojo clínico» que guía al narrador en algunas de sus descripciones, especialmente cuando se confrontan con las paralelas de Marcos. La sintomatología es particularmente esmerada en los relatos de la suegra de Pedro, enferma; de la mujer con flujos de sangre; del endemoniado de los gerasenos; del jovenzuelo endemoniado y de la mujer encorvada. Sólo él, como hemos señalado, narra el sudor de sangre sufrido por Jesús en Getsemaní. En el caso de la mujer con flujo de sangre—y esto es aleccionador para nosotros los médicos—es notoria en Lucas una benigna preo-

cupación *pro domo sua* en favor de la clase médica. En efecto, Marcos enuncia rudamente que la mujer estaba enferma desde hacía doce años y había sufrido mucho por parte de muchos médicos, y tras haber consumido todos sus bienes no había encontrado alivio alguno, antes había empeorado. Lucas, al contrario, omite tales noticias, que no podían agrandar a sus colegas de profesión, limitándose a decir que «la mujer llevaba doce años enferma y nadie había podido curarla».

Las primeras penas corporales de Jesucristo se inician con el Prendimiento. Al ser conducido desde el Huerto de Getsemaní hasta la casa de Caifás, como durante toda aquella madrugada del viernes en la mansión del sumo sacerdote y sucesivos recorridos para presentarlo a los siniestros personajes de la Pasión, no hay un sólo instante en que los verdugos dejen de hacerlo objeto de la más cruel y sañuda variedad de golpes y traumatismos; y, sin embargo, todavía predominan sobre el Redentor los sufrimientos morales más que los padecimientos de causa material. Dolor al verse abandonado de sus discípulos; vergüenza al sentirse tratado como un facineroso, maniatado como el peor de los criminales.

Y henos aquí llegados a la Flagelación, el momento cumbre de la Pasión, como resultado de aquel proceso, presidido por el débil e inepto procurador Pilatos, en que lo no admitido por el derecho resultaba impuesto por la política; proceso

que ha vuelto a ser examinado en nuestros días por los *hijos* de aquellos que a la declaración de Pilatos—después de haberse lavado las manos— de *ser inocente de aquella sangre*, contestaron con prontitud y seguridad absolutas: «La sangre de él caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». En efecto: no existiendo hoy el sanedrín que hace diecinueve siglos condenó a Jesús y expresó el voto de que su sangre cayese sobre los más lejanos *hijos* de Israel, estos *hijos* instituyeron en Jerusalén, en 1933, un tribunal oficioso, compuesto de cinco insignes israelitas, para que examinase de nuevo la antigua sentencia del sanedrín. El veredicto pronunciado por este tribunal, con cuatro votos a favor y uno en contra, fué que la antigua sentencia del sanedrín debía ser retractada, ya que *la inocencia del inculpado estaba demostrada, y su condena fué uno de los más terribles errores que los hombres hayan cometido jamás, error cuya reparación honraría a la raza hebráica.*

Este capítulo de la Flagelación en la obra del Dr. de Bartolomé y Relimpio es de una fuerza extraordinaria, tal vez aquél en que el autor consigue el máximo de su vigor evocador junto a razonamiento científico. Del estudio de los instrumentos de tortura deduce el Dr. de Bartolomé el número de lesiones que se le produjeron a Jesucristo, en la llamada pena de azotes, que es en verdad impresionante.

Los instrumentos adoptados por los roma-

nos para estos casos recibían distintos nombres según el dispositivo o manera de estar combinadas las correas, denominándose *flagellum* cuando estaba formado por varias tiras entrelazadas o trenzadas, y *flagrum* si lo era de cordeles o tiras también de cuero con huesecillos ensartados.

Considerando que el trabajo muscular que un hombre normalmente constituido puede realizar con los brazos, en el acto especial de flagelar, está representado, para la unidad de tiempo minuto, por 42 a 45 movimientos completos o golpes; y que el número de verdugos era el de seis que se sucedían, relevándose por terceras partes, de modo que hubiera dos en descanso y cuatro siempre en disposición de actuar, fácil es deducir que el número de golpes ascendiese a 180, para los cuatro verdugos en la unidad de tiempo; y por tanto a 900 en los cinco minutos. Por lo que no tendría nada de extraño que fuese cierta la cifra de 5.000 golpes consignada en algunos textos ascéticos, por cuanto para ello bastó un período de tiempo de 25 a 30 minutos, máxime teniendo en cuenta que la flagelación a que sometieron a Jesucristo no fué la judía, que estaba limitada a un número preciso de golpes que no podía pasar de 39, «40 golpes menos uno» (como la describe San Pablo), sino que Jesucristo fué sometido a la flagelación romana que no tenía más limitación que el albedrío de los flageladores o la resistencia del paciente.

El zarpazo del *flagrum*, aquel instrumento

que Horacio, aunque no tuviera en verdad el corazón muy blando, considera como el más cruel e inhumano que inventasé el hombre, con sus huesos pequeños, con sus puntas y aristas irregulares, ensartadas en el cordel o correas, el zarpazo, repetimos, al penetrar por la fuerza del golpe, trituraba verdaderamente los tegumentos, y al ser retirado, por el movimiento de tracción del verdugo, la piel se rasgaba, se dislaceraban los tejidos subyacentes, con un destrozo tal de vasos y nervios, que sus heridas se caracterizaban por la gran sufusión de sangre e intensísimos dolores, imposibles de calificar.

Pero aun hay más: por la forma en que fué azotado el Redentor, atado a una columna de piedra, en el lugar denominado Pretorio, de la casa de Pilatos, tuvieron que ser vulneradas necesariamente regiones importantísimas como la precordial, la hepática y esplánica y, sobre todo, las epi e hipogástricas, amén de otras varias, y en las que, como sabemos, a la importancia vital de los órganos vecinos se une la nobleza y susceptibilidad orgánica y funcional de alguno de los plexos nerviosos que están en inmediata relación con ellas.

¿ Cuántas heridas se le pudieron producir a Jesucristo ? Si suponemos que dos de los verdugos que lo azotaron emplearon el *flagellum* tendremos: que por el número de movimientos, que antes consideramos, causaron en un minuto

90 contusiones con heridas, o heridas con contusión; al ser 4 los verdugos, los otros dos usarían *flagrum* y conocida la conformación de éste se ha de calcular muy por lo bajo al decir que, ignorando las piezas de hueso que llevaba ensartadas, no serían tan pocas que, por las leyes de incidencia y planos de contacto, no obrasen, por lo menos, en número de cinco. Siendo así, nos daría para la misma unidad de tiempo la cifra de 450 heridas, con las características que hemos señalado, que con las 90 del *flagellum* son 540; nos estamos refiriendo a sólo un minuto. Siguiendo calculando por defecto y admitiendo en hipótesis que la flagelación de Jesucristo duró solamente cinco veces más, tendremos una resultante de 2.250 procesos traumáticos en los cinco minutos.

Suponiendo que esa cifra de traumatismos fuera exacta y no mayor ¿hay alguien capaz de determinar la variabilidad de síntomas y el número de signos y fenómenos de que fueron acompañados, tanto en el orden objetivo como en el subjetivo? Y por otra parte: dichas lesiones traumáticas, por su número y categoría, ¿fueron capaces de originar trastornos orgánicos y funcionales de tal índole que pudieran llegar a ocasionar la muerte?

Sabemos por la medicina legal que las causas próximas de la muerte a consecuencia de heridas en general pueden dividirse en primarias o directas y en secundarias o indirectas, sin que,

por otra parte puedan deslindarse bien las dos categorías. Al número de las causas próximas o primarias de muerte pertenecen, entre otras varias que no citamos por no ser de aplicación en este caso, el llamado *shock* y la hemorragia.

Se creyó por algún tiempo que el *shock* traumático podía producirse sólo en los grandes traumatismos, pero un estudio crítico de Groeningen demostró que la parálisis del corazón producida por vía refleja, a consecuencia de una irritación intensa de las terminaciones periféricas de los nervios sensitivos, es relativamente más frecuente después de los pequeños maltratos dolorosos, tanto por cada uno de por sí como por su rápida sucesión, cual sucede en las palizas, azotes, etcétera.

Los estudios de Nussvaum y sus discípulos han demostrado que en muchos casos la causa próxima de la muerte consiste, no en la neuroparálisis, sino en un síncope ocasionado por la absorción rápida de sustancias sépticas; y por su parte Goltz ha dado a conocer una forma notable de *shock*, interesantísima en el concepto forense, y es la parálisis debida a una conmoción traumática de los nervios vasomotores, sobre todo de los nervios esplónicos, de lo que resulta una plétora abdominal repentina y la consiguiente anemia fulminante en los demás territorios vasculares.

Es indudable que todas esas causas con-

currieron en la flagelación de Jesucristo y razonando científicamente bien puede afirmarse que al no manifestarse la neuro-parálisis en semejantes condiciones etiológicas, hemos de admitir forzosamente la existencia de otras causas de índole tan superior y sobrenatural que se salen de la órbita de la ciencia.

Vista la gravedad del *shock* veamos ahora la de la hemorragia : Si nos representamos por un momento la cifra de traumas consecutivos al número de azotes calculados, aunque por defecto, hace un momento, y tenemos en cuenta la sucesión tan rápida en la acción de los agentes contundentes, sacaremos en consecuencia que la deplocción sanguínea había de producirse en progresión ascendente al obrar las causas sin interrupción y sobreañadirse los efectos amén de no dar tiempo material a que obrasen las fuerzas naturales coercitivas del organismo.

Basados en aquel producto, y siguiendo idéntico método de deducción al empleado entonces, como la incógnita a resolver es la cantidad de sangre derramada, si llamamos X grande a esa cantidad y x pequeña a la probable vertida por cada herida, considerando, además, los factores estudiados en el párrafo anterior, el problema quedará planteado según la fórmula algebraica  $X \text{ grande} = 2x + 4x + 6x + 8x$  y así sucesivamente; si le consignamos ahora un valor a x pequeña que, calculando muy por defecto para acercarnos

a la realidad, lo hemos de representar por el volumen de cinco gotas de sangre, tendremos como resultado final que, por los ensayos y experimentos de aquellos fisiólogos, la hemorragia padecida por Jesucristo durante la flagelación, por la cantidad de sangre y forma gradual y prolongada, debió ser mortal de necesidad.

No podemos seguir resumiendo tan detalladamente los siguientes capítulos de la obra del Dr. de Bartolomé porque haríamos demasiado larga esta charla.

Sigue a la flagelación un nuevo suplicio: la coronación de espinas. Del conocimiento de las especies botánicas—*Ziziphus Spina-Chisti* y la *Palinurus Aculeatus*—con que se hubo de formar la dolorosa diadema, formada por seis ramas espinosas entretrejidas, resulta que el número de elementos hirientes ascendía, entre los agujones blancos del *Ziziphus* y las espinas rectas y curvas del *Palinurus*, a 660. Dice el Padre La Palma, comentando los textos sagrados: «Y estando así tejida la corona, la levantaron en alto y se la asentaron sobre la cabeza, clavándosela en ella con mucha fuerza y no menos crueldad, afrentándole con la corona como a rey fingido y lastimándole con las espinas con muy agudo dolor .....»

Si durante la flagelación perdió Jesucristo más de la mitad del *substratum* sanguíneo, lo que

resulta letal para el individuo, en las posteriores efusiones de sangre, pérdidas la isotonia y la isoviscosidad de los líquidos nutricios, según las experiencias de Albanese, la hemorragia lejos de tender a contenerse espontáneamente como ocurre de ordinario, a cada nueva deploción de sangre, aunque asiente en vasos de muy pequeño calibre, más facilita la salida y va predisponiendo a mayores pérdidas. Por esta razón, no nos deben sorprender aquellas palabras de un comentarista de los textos sagrados: «... empezó a gotear la sangre y correr hilo a hilo por los cabellos, por el cuello, por la frente y por todo su sagrado rostro.....»

Los últimos capítulos del libro estudian, siempre con toda meticulosidad científica, lo ocurrido desde las 10 y media o cerca de las 11 del día, hora en la que, según San Juan, hubo de pronunciar Pilatos la sentencia de muerte contra el Justo, hasta después de ocurrida la misma, a las 3 de la tarde.

El Dr. de Bartolomé nos hace seguir la vía dolorosa o calle de la amargura, ruta que siguió el Salvador desde la casa de Pilatos hasta el monte Calvario bajo el peso de la Cruz, calculado en 75 kilos, y como al caer Jesús sobre un pavimento empedrado de cantos salientes y desiguales, bajo la acción de aquel peso, hubo de sufrir la fractura de 2 o 3 costillas del lado derecho (probablemente la quinta y sexta o la sex-

ta y séptima) con hemotorax consecutivo, porque en el mecanismo de producción en estas fracturas los fragmentos tienen que resultar muy irregulares, con esquirlas agudas y muy cortantes, que dan origen a desgarraduras y erosiones de los vasos parietales e intercostales, mamarias internas y a veces ramas secundarias de muy pequeño calibre que vierten la sangre en la cavidad pleurítica.

Sigue la bárbara cruxifixión, con aquellos clavos, no cilíndricos, sino de los llamados de «herrero», de punta roma y forma de pirámide muy alargada, que penetran no separando sino contundiendo, cortando y rajando todos los tejidos con mucho mayor dolor y derramamiento de sangre.

Después, las tres horas que estuvo Jesús en la Cruz. Su muerte; de lo que debió morir en cualquiera de los instantes que hemos mencionado: de *shock* traumático y de hemorragia.

Y, por último, la lanzada: «Mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua», dice el evangelio de San Juan, testigo presencial del hecho. El Dr. de Bartolomé refuta, en este capítulo, las teorías lanzadas por algunos que han querido explicar este fenómeno diciendo que Jesucristo era un pleurítico; y afir-

ma que la lanzada de Longinos dió salida a la sangre procedente del hemotorax consecutivo a la fractura de costillas descrita en las caídas de Jesucristo bajo el peso de la Cruz. Los caracteres organolépticos observados por San Juan tienen su fundamento científico bien concreto y definido por el estado patológico en que se hallaba el líquido sanguíneo, teniendo presente que en las grandes hemorragias los vasos sanguíneos, al perder con la sangre sus elementos formes, absorben los líquidos de los tejidos vivos, pero sin compensación estructural al faltarle los elementos globulares, por lo que el contenido vascular se va haciendo cada vez más acuoso y llega a producir ese estado especial patológico que se denomina hidroemia en que la sangre toma el aspecto de acuosidad que de manera tan concisa describe San Juan.

Hasta aquí el resumen de la obra.

Consideraciones  
a propósito del anterior estudio

«A propósito de un estudio médico-lega-  
de la Pasión de Jesucristo», hemos titulado nues-  
tra charla de esta tarde..... A propósito de este es-  
tudio son muchas las cosas que habríamos de  
considerar que no son de este lugar ( ¡ si hay lugar  
en que decir no se pudiesen ! ), ni nuestra la auto-  
ridad para poder sometéros las. Así, pues, exami-  
nemos, en tono menor, sólo algunas de las deduc-  
ciones que este estudio nos suscita.

En primer lugar, la obra del Dr. de Barto-  
lomé y Relimpio pone de manifiesto la naturale-  
za humana de Jesucristo. El análisis detallado  
que hace al seguir paso a paso, no ya por perío-  
dos, sino por instantes, el proceso de la Pasión,  
demuestra claramente que el cuerpo de Jesucristo  
no estaba formado por una materia creada ex-  
profeso, como decía el filósofo a quien Pascal hi-  
zo rectificar, sino que correspondía fisiológica y  
patológicamente al del Hombre verdadero.

Pero, a su vez, esta misma conclusión nos  
lleva de la mano a demostrar su Divinidad. Por-  
que el organismo de Jesucristo en nada se dife-  
renció, desde el punto de vista fisiológico, entien-  
dase bien, del de otro cualquier ser humano : los

mismos tejidos, la misma contextura, idéntica trabazón orgánica e igual metabolismo funcional. Jesucristo había de padecer y padeció como hombre ; pero al ser Hombre perfecto, como Hombre Dios, todos sus sufrimientos tuvieron que ser con la intensidad y medida que correspondía a la perfección orgánica y espiritual de Su Naturaleza Humana. Por esta razón, bien se puede afirmar, científicamente fundados, que cada uno de los momentos que transcurren desde el comienzo de la flagelación hasta su sacrificio en la Cruz fué más que suficiente, por los tormentos inflingidos y circunstancias coadyuvantes, para ocasionar la muerte.

De la flagelación, solamente hemos leído que el flagelado se tornaba en un amasijo de carnes sanguinolentas, desfigurado en todos sus rasgos y que a menudo se desmayaba y hasta con frecuencia perdía la vida. Estos datos no son fantásticos ni exagerados, sino recogidos, aquí y allá, en indicaciones de escritores romanos. Baste como prueba citar el siguiente pasaje de Cicerón, donde describe, no ya la *flagellatio*, sino la *verberatis* ( que era algo menos grave ), que Verres hiciera aplicar en Lilibeo ( Sicilia ) al ciudadano romano Servilio. Mientras Servilio habla en el tribunal para expurgarse, «le circundan seis lictores robustísimos y muy expertos en pegar y golpear hombres ; le sacuden cruelísimamente con las vergas, y al fin el primer lictor, Sastie, de quien he hablado a menudo, tirando el bastón, comenzó a

patear con suma vehemencia los ojos del mísero. Este, teniendo llenos de sangre el rostro y los ojos, cae al suelo ; más, no obstante todo, se le patean los costados también, después de caído, para que por fin diga que promete. Reducido a tal estado, fué llevado fuera de allí por muerto ; poco después murió».

Y, sin embargo, Jesucristo no muere en la flagelación ; las leyes fisiológicas no se cumplen porque la Voluntad del Padre así lo tiene dispuesto, e inexorablemente se ha de consumir el Sacrificio : porque Jesucristo era verdadero Hombre y Dios verdadero.

Una tercera consideración podríamos hacer a propósito de este estudio que venimos comentando : nuestra falta de conocimiento exacto de lo que fue el proceso Pasionario. Todos sabemos algo de la Pasión de Jesucristo : unos como artículo de fe, otros por haber leído u oído referir lo que este pasaje de la vida de Cristo representa para el género humano, y los más—y estos forman legión—por la efemérides que el mundo católico celebra todos los años bajo la denominación de Semana Santa. Pero pocos son seguramente los que han meditado y se han penetrado del profundo dolor fecundo que acompañó a la obra de la redención del género humano.

Tal vez sea esto, en parte, debido a la sublime sencillez del relato evangélico. Los evange-

lios, en efecto — cuya autenticidad y veracidad están hoy fuera de toda duda — están narrados con sencillez y tosquedad encantadoras y con aquella «impasibilidad» ante los hechos, ya gratos o atroces, que no niega la adhesión, pero sabe elevarse a más altura que ella. Sin duda, los cuatro escritores, dice Ricciotti, persiguen un afán proselitista, puesto que tienden a hacer conocer la figura de Jesús y a difundir la fe en él; pero precisamente para alcanzar tal meta era preciso seguir el camino de la objetividad y la veracidad, puesto que podían surgir millares de testigos interesados y discutir aquellas narraciones si hubiesen sido fantásticas o tendenciosas. La garantía histórica que tenemos respecto a los hechos y doctrinas de Jesús no es igualada ni siquiera por la que tenemos de Augusto y sus más famosos contemporáneos. «El estilo del Evangelio, dice Pascal, es admirable en muchas maneras, y entre otras no manifestando nunca ninguna inventiva contra los verdugos y enemigos de Jesucristo. Pues no hay ninguno de los historiadores contra Judas, Pilatos ni ninguno de los judíos».

Esta modestia de los historiadores evangélicos está tal vez fundamentada también — pensamos nosotros — porque éstos no olvidasen las palabras aleccionadoras del Maestro, a raíz de su elección como apóstoles, en una colina de Galilea, en el hoy «Monte de las Bienaventuranzas»: «Oísteis que fué dicho: —les decía— «Amarás a tu prójimo» y odiarás a tu enemigo. Empero yo

os digo, amad a vuestros enemigos y orad por vuestros perseguidores». Y añadía: «Porque si amáis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿Acaso no hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo también los paganos?»

Estas palabras las pronunció Jesús en el Sermón de la Montaña, del que dice Ricciotti que, empleando una terminología musical, puede compararse a una majestuosa sinfonía que desde los primeros compases, sin preparación inicial y con el empleo simultáneo de todos los instrumentos, enunciara con precisión nitidísima sus temas fundamentales, que son los temas mas inesperados e inauditos de este mundo, totalmente distintos de cualquier otro tema formulado nunca por ninguna orquesta, y sin embargo presentados como si fuesen los temas más espontáneos y naturales para un oído bien cultivado. Y es que Jesucristo, como dice Pascal, «ha dicho las cosas grandes tan simplemente que parece que no las ha pensado y tan netamente, no obstante, que se ve bien lo que pensaba. Esta claridad unida a esta ingenuidad, a esta naturalidad, es admirable».

Volviendo a nuestra idea, en esta tercera deducción que el estudio del Dr. de Bartolomé y Relimpio nos ha suscitado, el hecho es que nuestra ignorancia sobre lo que exactamente ocurrió en el proceso Pasionario es evidente,

No solemos considerar la fecundidad del dolor condensado en la Pasión. Pascal quien sobre no olvidarse del dolor en sus altas especulaciones filosóficas le pide que las haga fecundas, encontró en esta meditación la verdad, el camino y la vida. Fué en la noche del 23 de noviembre de 1654, día de San Clemente, papa y mártir, vispera de San Crisógono, mártir, según él mismo señala. Pascal coge su Biblia y la abre en el capítulo XVII de San Juan: Jesucristo se prepara al sacrificio de la Cruz. Medita largo rato, desde cerca de las 10 y media de la noche hasta bastante después de las 12; al final de su meditación se postra de hinojos a los pies del Crucifijo. Y al terminar aquel inefable y misterioso coloquio, Pascal se levanta, abrasado de fe y de amor, y para conservar el recuerdo de esta noche de éxtasis en que encontró la respuesta definitiva a los tormentos de su alma, confía al papel su famoso Memorial, que, en su rara concisión, resume su prolongada angustia, condensa su filosofía y revela su fe viva. «Certeza, certeza. Alegría. Paz. Lágrimas de gozo». Por cierto que después de su muerte se supo el detalle de que este documento, escrito en un pequeño pergamino doblado y del que son partes esos breves jugosos conceptos antes dichos, lo llevó Pascal, en los últimos ocho años del resto de su vida, como algo de lo que no quería separarse y guardar cuidadosamente en los dobleces de su justillo; teniendo cuidado él mismo de coserlo y descoserlo a medida que cambiaba de traje.

El caso es que hoy en día, como pocas veces, tal vez como ninguna, en el transcurso del mundo, no se piensa bastante en el hecho histórico-religioso que la Iglesia conmemora en estos días. Y si alguno de vosotros me preguntase ahora que si hemos venido a este lugar que nos acoge para hacer una afirmación cristiana, yo le preguntaría que en dónde o en qué podría dejar de hacerse.

No hace muchos meses, sin ir más lejos, hubimos de exponer, ante varios compañeros, en un cursillo celebrado en el Instituto Provincial de Higiene, el tema que se nos encomendase : «Condiciones de la vivienda, el trabajo y la alimentación como factores sociales en la evolución y desarrollo de la tuberculosis». Llegamos a la conclusión que la escasez alimenticia, el hambre, y el hacinamiento no son la consecuencia, sino el origen, de una falta sanitaria; y que son, en cambio, la consecuencia manifiesta de una falta de carácter social, cuyo origen es que asistimos a una crisis de principios civilizadores porque nos vanagloriamos vanamente de ser los defensores de una civilización, olvidándonos, quizá, que esta civilización es la cristiana ; que está caracterizada por los hechos y la acción y no por las palabras.

Añadíamos que los Estados son impotentes para afrontar estos problemas, cuya solución no depende ellos —de los Estados, que somos nosotros— sino de nosotros mismos, por ser un problema de conciencia ; porque la conciencia de

los Estados es nuestra propia conciencia. Significando que la hipertrofia del estatismo, de nuestra época, haya podido contribuir y conducir a este error que señalamos.

Y terminábamos afirmando que el problema estudiado no era, es decir, no es sanitario; que es social y es de moral. Y que, en último extremo, es factor principalmente de una crisis religiosa.

El gran pensador holandés Huizinga, como desarrollo de una conferencia dada en Bruselas en 1935, dió a la imprenta un estudio diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo que tituló «Entre las sombras del mañana» y fué publicado, en España, por la Revista de Occidente. «Katharsis» titula a su último capítulo. Los griegos llamaban Katharsis (purificación) al estado de espíritu en que quedaban después de haber contemplado la tragedia. Es la purificación del alma cuando ha comprendido la causa profunda de las cosas, purificación que nos prepara de nuevo para los actos del deber y para la aceptación del destino; que quebranta en nosotros la *hybris*, tal como la representa la tragedia, y que desarraiga en nosotros los apetitos vehementes de la vida, conduciendo nuestra alma a la paz.

«No se espere, dice Huizinga, que la salvación venga de los poderes ordenadores. Los

fundamentos de la cultura son de índole muy especial y no pueden sustentarse ni mantenerse en órganos colectivos, ya sean naciones, o Estados, o Iglesias, o escuelas, o partidos, o asociaciones. Lo que hace falta es una purificación interior que conmueva a los individuos. El hombre tiene que cambiar de *habitus* espiritual».

Lo sensible y lamentable es, Señoras y Señores, que hemos vivido y, lo que es peor, seguimos viviendo la tragedia ; pero la purificación no llega. No llega porque en este momento crucial por que la humanidad atraviesa vemos con harta frecuencia como se navega en el proceloso mar de las especulaciones filosófico-políticas en pos de nuevos sistemas que cual islas doradas pudiesen ofrecernos el fármaco que aliviase nuestros múltiples males. Y ello porque olvidamos las grandes aventuras de un Chesterton, el gran Chesterton, por ejemplo, en persecución de lo obvio ; como él mismo nos dice que fué el hombre que salió de Inglaterra en busca de la isla desconocida y descubrió... las Islas Británicas. Es decir, que nos empeñamos en descubrir lo que ya está descubierto. «No es que el ideal cristiano, afirma el propio Chesterton, haya sido puesto a prueba y hallado deficiente. Ha sido hallado difícil y dejado sin probar».

Esta es la verdad y esta es la razón—razón y verdad que hay que tener el valor de reconocer y afirmar—por las que la purificación, y

la paz que por la purificación ha de venir a nuestro espíritu, no llegan. Entre otros graves motivos, porque poco podremos saber de *lo difícil*, que señala Chesterton, y de sus ventajas y bondades si empezamos por desconocer—y por tanto no meditar—los hechos fundamentales que presidieron a su iniciación. De ahí, entre otras, una de las virtudes de la lectura de la obra del Dr. de Bartolomé y Relimpio: hacernos ver y sentir, en toda su horrible crudeza, la dolorosa gestación que presidió la obra de nuestra Redención, que es la piedra angular de nuestra civilización.

Giovanni Papini, el gran converso italiano de nuestro tiempo, acaba de traducir y publicar unas «cartas a los hombres» del que él llama Papa Celestino Sexto, que vivió, nos dice, en una época aciaga muy parecida a la nuestra. El Papa Celestino VI no ha existido. Finge Papini la persona. De ser él el Papa hablaría así. Es un trabajo que viene a ser su testamento espiritual; y es difícil, por no decir imposible, que pueda escribir otro que lo supere.

«Demasiados cristianos creen con excesiva facilidad que, con el sacrificio de Cristo en la cruz, la obra redentora está terminada—dice Papini en su carta a los teólogos—. Pero vosotros sabéis que eso no es verdad en absoluto. No solamente, como afirmó Pablo, debemos suplir con nuestro dolor lo que falta en la Pasión de Cristo, sino que debemos recordar cada día que la Re-

dención no puede tener pleno efecto, si no es aceptada, comprendida, continuada por el hombre».

Y de la carta «al pueblo que se llama cristiano» son estas frases que, como colofón de esta charla, no resisto al deseo de transcribiros: «Cuanto más os alejáis de Cristo, más os aproximáis al abismo. El hombre se ama demasiado a sí mismo y no ama bastante a sus semejantes. Habría bastado disminuir el amor propio, aun cuando hubiera sido un poco; habría bastado disminuir, un poco también, el odio hacia los enemigos; la vida hubiese tomado otro aspecto, otro sentido, otro color. Si no la bienaventuranza de los santos, los hombres hubiesen alcanzado la paz de la amistad. El mundo no estaría ahora tan rojo de sangre, tan ennegrecido por el humo, tan lleno de ruinas, tan encendido en dolores, tan trastornado por el desorden, tan sumido en la locura, tan pobre de esperanza, tan amenazado por la disolución y el aniquilamiento. El haber negado a Cristo lo ha llevado a negar la alegría, lo ha llevado hasta el umbral mismo de la catástrofe. No podrá salvarse más que yendo a Cristo. Los no cristianos deben hacerse cristianos; pero para esto es necesario que los cristianos lleguen a ser lo que ahora no son, es decir, verdaderos cristianos. Y sólo entonces habremos obtenido la unidad espiritual de los hombres, la concordia de los corazones, la paz del mundo».

Con estos hermosos pensamientos de Pa-

pini, que a tanta reflexión invitan, damos fin a esta ya larga charla.

Perdonadme, Señoras y Señores, si he abusado de la cita. Ya que no de otro modo, quería poder brindaros la esencia de las flores de un huerto que no poseo.

He dicho.